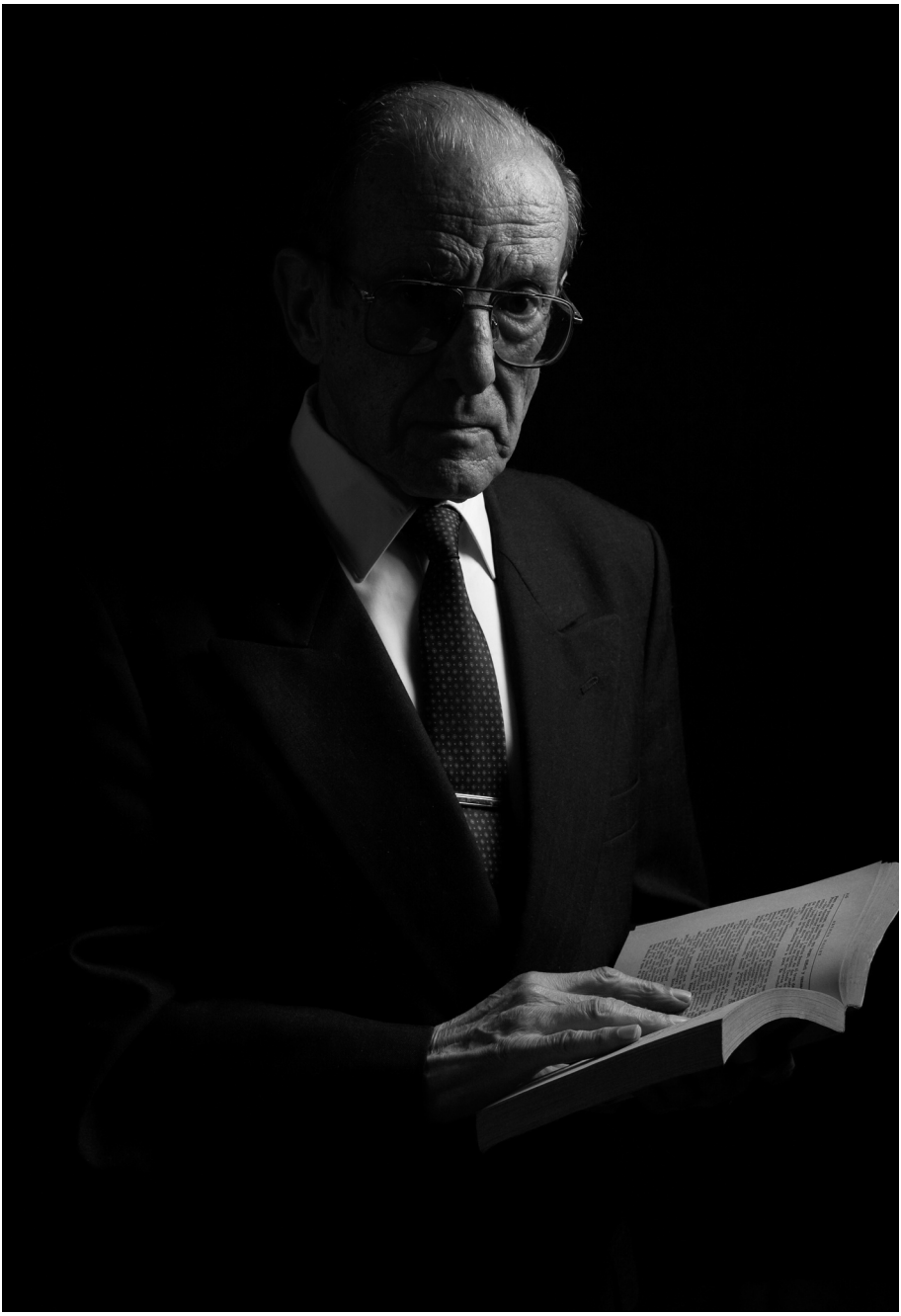
Enrique San Juan von Stillfried



Enrique San Juan von Stillfried

Los caballeros sí tienen memoria

En Valdivia, cuna de Camilo Henríquez, padre del periodismo nacional, vive uno de sus hijos más ilustres: un hombre de 84 años que dedicó su vida a la labor informativa, que fue un actor clave para que el país conociera los estragos que dejó el terremoto en esta zona y cuya figura es un ejemplo para las nuevas generaciones de periodistas.

HIJO DE PADRE ESPAÑOL Y MADRE ALEMANA (SU INFANCIA)

Por José Luis Gómez Guenchor

Enrique San Juan es valdiviano desde los cuatro años. Esa edad tenía cuando sus padres dejaron Concepción, donde nació en 1924, para trasladarse a la ciudad del río Calle Calle. Según explica, durante gran parte de su infancia vivió en el caserón de sus abuelos en la calle General Lagos, donde actualmente funciona el Centro de Educación Continua de la Universidad Austral de Chile (UACh). “Se hacía mucha vida de clan en esos años”, rememora. Su padre, de origen español -y que tenía el mismo nombre- se dedicaba al comercio: era el dueño de una tienda de vestuario y también fue socio y primer concesionario del Teatro Cervantes, lo que le permitió a Enrique hijo entrar gratis a las funciones de cine. Una regalía importante, que más tarde terminaría por empujarlo al periodismo.

Su padre nació en la ciudad española de San Sebastián y fue cónsul de España en Chile hasta que estalló la Guerra Civil en 1939, momento en que dejó este cargo, porque optó por el bando de los nacionales. “Y como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, mi padre cayó en la lista negra y yo no pude seguir estudiando. Así es que empecé a trabajar y posteriormente me aventuré con negocios en los que nunca me fue bien”, indica.

Sin embargo, al restablecerse las relaciones diplomáticas entre Chile y España, su padre fue condecorado por el gobierno ibérico por ayudar a mantener unida a la colectividad española en nuestro país.

En tanto, su madre, Margoth von Stillfried, de origen alemán, era dueña de casa, una gran cocinera e incluso hizo clases de Economía Doméstica en el Liceo de Niñas. Los Von Stillfried venían de Prusia y traían una historia familiar que don Enrique preferiría no divulgar demasiado. Aunque finalmente confiesa con gran humildad que su abuelo era barón y su madre, baronesa.

"Ellos provienen de un pueblo llamado Neurode, en los tiempos en que éste era alemán". Hace la aclaración, porque actualmente este pueblo se denomina Nova Roda y pertenece a Polonia.

Los hermanos de su madre se casaron todos con chilenas, y como consecuencia de ello, esas familias son católicas. "Pero mis tías se casaron con descendientes de alemanes y mi madre con un español. Así, los que tenemos el segundo apellido Von Stillfried somos protestantes luteranos", explica.

San Juan tiene una hermana siete años menor llamada Mónica, quien se casó con un agricultor y vive al interior de Los Lagos.

El periodista se detiene a hablar ampliamente sobre General Lagos, el barrio de su infancia, donde jugaba con sus pequeños vecinos al trompo y a elevar volantines. Agrega que "el río era una de nuestras canchas habituales: todos éramos bogadores y nadadores".

Otro lugar que recuerda es el Centro Español -ubicado en Picarte- donde pasó gran parte de su niñez jugando al básquetbol, frontón con paleta y palitroque.

Cuando era pequeño su madre le contaba cuentos clásicos. Igualmente, recuerda los cumpleaños, la Navidad -"la fiesta más grande para nosotros en esa época"- y la Pascua de Resurrección. Según dice, al pino navideño le colocaban adornos importados de Alemania, los que se compraban en la Casa Wachsmann y la Casa Schütz, tradicionales locales valdivianos, ya desaparecidos.

El octogenario reportero explica que mientras fue estudiante le apasionaban las letras en general y la historia, además de jugar waterpolo. Estudió hasta tercero básico en el Instituto Alemán -ubicado entonces en calle Picarte- y luego se trasladó a la Escuela Anexa al Liceo de Hombres -hoy Armando Robles-, en General Lagos. "Me gustó mucho más y me sentía más cómodo", confiesa el periodista. Posteriormente, se fue a estudiar al Instituto Nacional Barros Arana en Santiago.

San Juan opina que "Valdivia posee una historia subyugante" y, junto con destacar su admiración por el trabajo de recopilación del historiador y sacerdote benedictino Gabriel Guarda, agrega que su afición por la historia se vincula a su disciplinada niñez, cuando observaba impresionado los torreones y los fuertes en Niebla, Mancera, Corral y Amargos.

También rememora los tiempos en que la Isla Teja funcionaba como un barrio industrial, impulsado primero por los colonos alemanes

en la segunda mitad del siglo XIX y, luego, por sus descendientes. Además, recuerda las curtiembres, destilerías y un astillero en General Lagos que emitía un traqueteo de remaches que se escuchaba hasta en el Liceo de Hombres.

Para el primer relacionador público que tuvo la Universidad Austral en los tiempos del rector fundador, Eduardo Morales, este pasado industrial de Valdivia se sigue proyectando en el tiempo.

TAMBIÉN QUERÍA SER UN HÉROE (EL PERIODISTA)

Por Daniel Carrillo Monsálvez

- Hay un incendio en este momento. Pregúnteme.

La prueba no fue complicada para Enrique San Juan, entonces de 23 años, quien llegó entusiasmado hasta el edificio de El Correo de Valdivia luego de leer un aviso que solicitaba reporteros para el diario.

Hasta ese momento, 1948, el joven valdiviano se había dedicado sin mayor éxito a actividades tan disímiles como la pesca o la minería.

El periodismo siempre le había gustado, un poco inflamada esa atracción por las películas gringas que en ese momento habían puesto de moda la figura del reportero como héroe. Y, como su padre era el concesionario del Teatro Cervantes, el cine nunca le estuvo vedado.

Además, San Juan tenía gran afición por la lectura, el hábito de mantenerse siempre informado y una pasión por la historia.

Todos esos ingredientes se combinaron en la dosis precisa para que ese día no titubeara ante las instrucciones que le daba Roberto Luna, periodista de origen cauquenino, director de El Correo. Tras hacer las "preguntas de rigor", el novato subió al segundo piso, se sentó frente a una de las máquinas de escribir de la redacción del periódico y tecleó la que sería su primera crónica. Volvió con la hoja donde Luna, quien la leyó rápido y finalmente le dijo "muy bien".

- ¿Le gustó?
- Sí
- ¿Cuándo empezamos, entonces?
- Mañana.

Desde ahí en adelante la suerte de este novel reportero quedó echada, amarrándolo como lúcido testigo de los grandes acontecimientos que vivió Valdivia durante las décadas siguientes. Entre ellos, la creación de la Universidad Austral -que en un principio dividió opiniones entre los valdivianos- y el gran terremoto de 1960, que lo pilló como corresponsal de El Mercurio y de United Press International (UPI).

Trabajando seis días a la semana, en jornadas a veces interminables, donde entrevistar a un diputado a las cuatro de la mañana no era nada del otro mundo, San Juan se fue haciendo adicto a ese traqueteo como de metralleta de las sonoras máquinas de escribir

Underwood, que iban dibujando las noticias en medio de una redacción donde el humo de los cigarrillos se asemejaba a la más densa de las neblinas invernales.

"Ese ambiente tenso, el ruido de las máquinas, el teléfono, el apuro, son todas cosas que obviamente ahora echo de menos", reconoce el octogenario periodista, quien casi todos los días sube hasta el segundo piso de El Diario Austral de Valdivia -sucesor de El Correo- para prácticamente devorarse todos los diarios regionales del sur y también los nacionales.

Obviamente las cosas han cambiado bastante desde los tiempos en que él ejerció el periodismo, partiendo por el uso de computadores y cada vez más minúsculas grabadoras. En sus tiempos de hombre de prensa, los únicos implementos imprescindibles fueron el lápiz y su libreta de apuntes, que iba llenando con signos que sólo él lograba descifrar, pero que fueron el único material para cada una de las notas que escribió.

La dinámica de trabajo también era diferente. Cada redactor de El Correo tenía asignados ciertos servicios públicos y entidades privadas, como la Cámara de Comercio e Industrias. A San Juan le correspondía reportear Vialidad, la Gobernación Provincial y la Gobernación Marítima, entre otras reparticiones. El método era sencillo: había que hacer una ronda por cada oficina durante la mañana, en busca de las noticias. "Al mediodía te sentabas a redactar algunas informaciones y en la tarde visitabas los servicios que no habías alcanzado. Muchas veces terminábamos a la una de la mañana, cuando el regente de los talleres de imprenta se aparecía en la redacción y empezaba a decir ya, ya, ya niñitos, cerramos en pocos minutos más".

No sólo conoció el mundo del periodismo impreso, ya que tras dejar El Correo, a fines de los 50, emprendió un largo recorrido por radioemisoras valdivianas como Radio Sur, Camilo Henríquez y Torreones.

En lo gremial, San Juan figura entre los fundadores del Colegio de Periodistas de Chile. Según recuerda, quien trajo la inquietud a Valdivia fue Orosmel Valenzuela, destacado docente de la Universidad Católica y profesional de diversos medios de comunicación. "Decidimos colaborarle e iniciamos una pelea de meses hasta la primera Convención de Periodistas, congreso que se celebró en Valparaíso y del cual fui delegado, junto a Adolfo Pineda Armstrong. Ahí se decidió darle un empujón más drástico al asunto y vino la formación del Colegio", rememora.

Una de las preocupaciones a nivel local fue la creación de una Escuela de Periodismo en la Universidad Austral, la que finalmente abrió sus puertas en 1989.

San Juan comenta que este asunto había suscitado cierta resistencia y cita las palabras del rector delegado Juan Jorge Ebert (1989-1990) cuando le consultó sobre si abriría o no la Escuela: "No, no, me dijo, ya tengo 60 antropólogos tirándome piedras, no quiero agregar 70 periodistas haciendo lo mismo".

Militante socialista, este comunicador asegura que el haber pertenecido a un partido político nunca afectó su desempeño periodístico ni cuestionó su credibilidad. Lo que sí, tras el golpe militar de septiembre de 1973, hizo que fuera "pensionista del señor Pinochet".

ANTES Y DESPUÉS DE LA SIESTA (EL TERREMOTO)

Por Nicolás Gutiérrez Obreque

"Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí". Así rezan las siete palabras del mini cuento que el guatemalteco Augusto Monterroso escribió en 1958 para ilustrar quién sabe qué tipo de catástrofe humana, política o natural. Esas mismas siete palabras, pero llevadas a la realidad de Enrique ese día domingo, podrían hablar de un protagonista que tras ver el dinosaurio quiso seguir dando descanso a sus huesos para despertar cuando el dinosaurio ya hubiese hecho lo suyo: correr como un condenado por la ciudad y sacudir a zancadas y coletazos todo lo que tuviera enfrente.

Sin embargo, cuando Enrique despertó, despertó CON el dinosaurio. No es que éste "todavía estuviera allí": venía apareciendo desde quizás qué entrañas intraterrestres. Y como ni los dinosaurios ni los terremotos son cosa de todos los días, él, internamente, le bajó el perfil como si se tratara sólo de una quebrazón de ventanas. "¿Quién me va a querer cambiar los vidrios un día domingo?", pensó inocentemente.

La noche anterior no había dormido porque el trabajo no dejó respiro. Por eso, ese domingo 22 de mayo de 1960, decidió meterse a la cama y descansar algunas horas.

"El 21 de mayo hubo un temblor intenso, casi terremoto, en Concepción. Esto significó que trabajamos toda la noche, y a la mañana siguiente, el 22, se inauguraba una población y esa información me tocó cubrirla a mí. Así es que a la una de la tarde estaba totalmente agotado y me acosté a dormir una siesta".

Cuando dieron las tres de la tarde, se sintió un remezón que para él no fue más que un "movimiento intenso"; como la intensidad de éste le sugirió un aviso, le pidió a su esposa que llenara la tina del baño con agua, en caso de que ésta se cortara. Por si acaso, nada más… Diez minutos después, el caos no dio pie a seguridad alguna sobre si hubiese agua más tarde, ni si habrían tinas, ni casas, ni calles.

"Ahí me vestí, salí a la calle a ver, y hablando con mi señora me fijé que se había caído la cruz del campanario de la iglesia San Francisco. Mira bien, me dijo ella, si ha caído mucho más que eso. Ahí empecé a darme cuenta de la gravedad del asunto".

En cosa de minutos, la noticia lo rodeaba. Se encontró en medio del acontecimiento, no tuvo que salir a buscarlo. Se convirtió también en un número estadístico dentro de los miles de afectados y

en el portador de una libreta de apuntes atragantada y lista para contar al mundo lo que estaba pasando, partiendo por el bosquejo de cómo se había transformado su barrio de entonces, cuando vivía frente a la Plazuela Pastene.

Montones de ondulamientos de latas, tierra, cables. Antes de que el teléfono dejase de funcionar, llamó a sus parientes para asegurarse de que se encontraban bien. Después de cortar la última llamada, en un tris, las líneas dejaron de marcar, el telégrafo se descompuso y la ciudad entera quedó sin electricidad. El agua que había pedido que su esposa cargara en la tina de su casa sería de ayuda fundamental en los días siguientes.

Comenzó a recorrer calles mientras vio que, generosamente, quienes contaban con las entonces lujosas radios a transistor las habían instalado en las esquinas para que todo aquel que se acercara pudiera oír qué pasaba o qué se decía del terremoto.

La costanera cada vez cedía más terreno al agua, las líneas férreas estaban dañadas y el hospital colapsaba y no tenía electricidad. Entre los pocos edificios que se mantuvieron indelebles se cuenta el Club de La Unión y algunos aledaños, construidos después del gran incendio de 1910.

Al trabajo como periodista, Enrique sumaba el de administrador de la oficina de Lan Chile en el Aeródromo Las Marías. Y la sobrecarga de trabajo circunstancial que significaba decidir quién se subía o abordaba con urgencia los vuelos - que se restablecieron el lunes 23- en pleno caos, se transformó en una ventaja que sumada a la astucia, labraron un trabajo periodístico memorable.

En el primer vuelo, la lista preestablecida se respetó a rajatabla. Luego, la prioridad de partida en los aviones fue para mujeres y niños. Entre quienes lograron abordar un vuelo, se encontraba un adolescente a quien Enrique vio con una cámara fotográfica entre su equipaje. “¿Tienes fotos de la catástrofe?” fue la pregunta de cajón. Después del “sí” del joven -“no recuerdo el nombre, pero sí sé que cumplió estrictamente”- vinieron una serie de instrucciones que convirtieron a ambos en los artífices de un acierto.

Enrique anotó en un papel la dirección de la agencia United Press y le aseguró al muchacho que si tomaba un taxi en el aeropuerto de Cerrillos rumbo a la agencia, allí le pagarían el vehículo, desarrollarían las fotos, le pagarían por las mejores tomas y luego le alquilarían otro auto que lo llevaría a casa. No volvió a saber del jovencito, pero las fotos estaban el martes en los kioskos.

“Gracias a eso hubo fotos de lo que pasó”, rememora con orgullo. Un orgullo que trata de esconder detrás de una alegría que hasta hoy lo sobrepasa, cuando echa un vistazo a una escena que él mismo no vio, pero que le contaron sus colegas.

- “Esto, ESTO es periodismo” -dice un tipo que tiene entre sus manos un ejemplar del diario El Mercurio, que contiene un texto de Enrique San Juan acompañado por las fotos del terremoto.

El tipo no es otro que Alberto "Gato" Gamboa, el reconocido perro de presa de la prensa nacional, un tipo que pese a haber pasado incluso épocas reporteando desde la clandestinidad mientras excavaba los túneles del metro de Santiago, jamás dejó de lado la libreta para correr a estampar sus apuntes con letra imprenta en las páginas del día siguiente; un hombre que hoy suma 80 años en el cuerpo, 60 de periodismo en sus huesos y que ha visto pasar los gobiernos de Chile desde González Videla, pasando por la dictadura de Pinochet - durante la cual fue torturado- hasta llegar al gobierno de Michelle Bachelet.

De ese maestro del periodismo provinieron los halagos que recibió Enrique San Juan por su crónica del terremoto.

Los días post- terremoto fueron de muchas noches en vela, mucho tabaco, filas de vasos de whisky y vigilias sentado en el bar del Hotel Pedro de Valdivia. "Y tomábamos del bueno, no nos andábamos con chicas. Y con cigarros y whisky… ¿acaso necesitábamos algo más?", remata con una sonrisa oblicua y pícara.

LOS AÑOS DESPUÉS DEL RETIRO (SU VIDA ACTUAL)

Por Rodrigo Obreque Echeverría

Enrique Teófilo San Juan dejó el periodismo cuando ya había cumplido los 80 años, un día que no recuerda del año 2004. Su último trabajo no fue de reportero, sino de periodista de la entonces gobernadora Marta Meza. Cuando ella dejó el cargo, en julio de ese año, Enrique jubiló, y con él jubiló también su máquina de escribir. Y comenzó a fallar su memoria, uno de sus más preciados atributos.

"Cuando me fui de la Gobernación, envejecí de golpe. Lo que antes hacía en diez minutos, ahora lo hago en media hora y me sale mal. Mi vida se ha limitado mucho. A veces me cuesta hasta ponerme los calcetines".

Incluso se ha vuelto un mal fisonomista, aunque no al extremo de su abuelo paterno, Isidoro. "Cuando conocía a alguien, mi abuelo repartía sus tarjetas de presentación y atrás escribía: Ruego a Ud. Disculparme si la próxima vez no lo saludo con la afectuosidad que merece, pero resulta que no tengo memoria para las caras".

Su privilegiada memoria ya no es la de antes, cuando solía ser entrevistado para hablar del terremoto, o de la lucha de la provincia de Valdivia por transformarse en región, o de lo mucho que ha cambiado la ciudad desde que él era un niño. Todavía recuerda, y mucho, pero a veces le cuesta evocar nombres, fechas. Lo que no ha perdido es su característica amabilidad, su hablar pausado y reflexivo, y su sentido del humor.

Tampoco ha perdido las ganas de fumar, aunque estuvo casi todo el 2007 sin llevarse un cigarrillo a la boca. "En febrero del año

pasado tuve un problema médico y partí al Servicio de Urgencia del Hospital. A los médicos les llamó la atención mi forma de respirar, me tomaron radiografías y me dejaron una semana internado. Estuve diez meses sin fumar, pero como luego de ese tiempo me sentía igual, volví a fumar. Y lo hice porque es uno de los pocos placeres que puedo darme a esta edad. Por vivir dos meses más, no me voy a privar de eso".

Ya no fuma una cajetilla al día, como lo hacía en la época en que era un periodista activo, sino unos seis o siete cigarrillos "de la marca LM, rojos, que son los más fuertes y que pillo en un kiosco de calle Libertad... no, se llama Independencia. ¿Ves que me falla la memoria? ¡Si no puedo recordar los nombres de las calles!".

Lo que nunca olvida es ir a dejar y a buscar a su nieta menor -tiene siete nietos-, Camila, de siete años, todas las tardes al colegio. "Ahora estoy dedicado a ser abuelo", señala.

Enrique vive en un departamento en la isla Teja con su esposa, Margoth Rufin, con quien lleva más de 50 años de matrimonio. Su tiempo libre, lo dedica a leer y a ver televisión. Esta última afición le hace recordar su niñez, cuando su padre era concesionario del Teatro Cervantes y él soñaba con que al lado de su cama se abriera un agujero para ver las películas que se proyectaban en el teatro. De alguna manera, ese sueño infantil se ha hecho realidad gracias al televisor instalado en el velador de su dormitorio.

"Sí, echo de menos la actividad periodística, pero dame los libros, dame la tele, dame bien de comer..." No termina la frase, pero su sonrisa delata que teniendo lectura, televisión y comida, es feliz. Le faltó agregar los cigarrillos, para que su felicidad sea completa.

San Juan y su esposa tuvieron cuatro hijos, uno de los cuales, que era oficial del Comando Aéreo del Ejército, falleció el 18 de diciembre de 1988 en un acto de servicio, al estrellarse en Coyhaique el helicóptero en el que viajaba. Sus funerales fueron en Valdivia, con honores militares, y sus restos fueron sepultados en el Cementerio Alemán. "Su muerte ha sido el momento más dolorosos de toda mi vida", confiesa San Juan.

Uno de los días más felices del último tiempo lo vivió el 2 de octubre de 2007, cuando las doce comunas de la provincia de Valdivia se transformaron en la Región de Los Ríos. Ese día fue a la Costanera a vivir ese momento histórico, por el que él mismo abogó desde la trinchera informativa, y ya en la noche celebró con su familia por el éxito conseguido después de tres décadas de lucha.

También tuvo un momento de alegría cuando la Gobernación Provincial de Valdivia instituyó el 11 de julio de este año (2008), para el Día del Periodista, un reconocimiento en su nombre, el que le fue entregado por el gobernador Cristian Cayuqueo en una ceremonia que se efectuó en el Club de La Unión. Este galardón le será otorgado en lo sucesivo a un periodista de la provincia, como reconocimiento a su labor en la prensa informativa.

San Juan se emocionó al recibir este premio y al recibir también

las felicitaciones y el cariño de los jóvenes periodistas presentes, quienes lo ven como un ejemplo a seguir en el ejercicio de la profesión. Para ellos es un honor tener en Valdivia, cuna de Camilo Henríquez, padre del periodismo nacional, a Enrique San Juan von Stillfried, uno de sus hijos más ilustres.